

Mitchell, Silvia Z., *Reina, madre y estadista. Mariana de Austria y el gobierno de España*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2023, 327 págs. ISBN: 9788418760099

Vincenzo Lagioia

Università di Bologna

email: vincenzo.lagioia2@unibo.it

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8335-1417><https://dx.doi.org/10.5209/chmo.102852>

El libro de Silvia Z. Mitchell sobre la reina Mariana de Austria que reseñamos, por su sólida estructura y su impresionante exploración archivística, saca del anonimato a un personaje de alta talla política que había sido deformado por la historiografía de los siglos XIX y XX, momento en que se produjeron lecturas fuertemente estereotipadas y sesgadas sobre la regencia de la reina. Mariana (1634-1696), hija de Fernando III de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y de María Ana de Habsburgo, infanta de España, hermana de Ana de Austria, fue regente tras la muerte de su marido Felipe IV (17 de septiembre de 1665), manteniendo la tutela de su único hijo superviviente de 3 años, el futuro Carlos II de España. Estas coordenadas biográficas se tornan necesarias para enmarcar la figura de una mujer que estuvo en el centro de la gran historia de la monarquía católica y de la más amplia historia europea.

En la introducción, la autora recuerda que su estudio es la primera monografía “dedicada a documentar el gran protagonismo y el importantísimo legado político de la reina Mariana de Austria” (p. 22), ciertamente en el periodo de su regencia, pero también en el momento en que tuvo que, por contingencias políticas y diplomáticas, alejarse de la corte madrileña y replegarse en Toledo para facilitar los primeros años de reinado de su hijo, cuando su figura era fuertemente combatida por don Juan de Austria y su círculo cercano. Gracias al descubrimiento de fuentes inéditas y al replanteamiento de las ya conocidas, Mitchell lleva a cabo una operación historiográfica de gran alcance que nos permite revisar y superar prejuicios decimonónicos que habían ocultado considerablemente la visibilidad y la acción política de una mujer de la talla de Mariana.

Personajes extremadamente instrumentalizados y que se dan cita en este libro fueron su confesor jesuita Juan Everardo Nithard (1608-1681) y su protegido Fernando Valenzuela (1630-1692), así como su incómoda relación con su hijastro don Juan de Austria (1629-1679). Mariana fue, debido a lecturas historiográficas distorsionadas, presentada como una mujer débil e incompetente que vivió en el centro de una corte caótica. Como un Jano de dos caras, la reina fue recordada como ávida de poder, extremadamente ambiciosa, inestable, ignorante, maquiavélica, intrigante, vestida de monja y de espíritu más alemán que español. Silvia Z. Mitchell, con rigor y a través de una escritura apasionada, desmonta, una a una, todas estas incrustaciones construidas por una historiografía caduca.

Recordando al historiador y político Gabriel Maura y Gamazo (1879-1963), que dedicó una importante obra a la corte de Carlos II y a su minoridad, la autora señala eficazmente que, por desgracia, algunas suposiciones sobre la reina eran erróneas: “que era demasiado joven e inexperta para gobernar una entidad política tan compleja como la Monarquía Hispánica o, por el contrario,

que no contaba con las necesarias prerrogativas jurídicas e institucionales, ni tampoco con la aceptación de una sociedad que rechazaba la autoridad femenina" (p. 23). Maura sostenía que Mariana estaba en manos de sus favoritos. Sin embargo, los estudios sobre la corte y sobre la España de Carlos II, a partir de 1980, reposicionaron la figura de la reina y la colocaron en su sitio justo: desde los trabajos de Christopher Storrs, que reubica a los Austrias antes de la Guerra de Sucesión en la justa dimensión política, hasta la obra de Laura Oliván Santalíestra que deconstruye la imagen realizada por Maura y Gamazo, pasando por la historiadora del arte Mercedes Llorente, que ha analizado la construcción de la imagen de la reina atendiendo a la simbología de la austeridad de su aspecto. Mitchell asume una nueva conceptualización, como las de Coolidge sobre la tutela femenina y Hoffman sobre la infancia y la corte de los Austrias en el siglo XVII. Las reflexiones presentadas son principalmente de carácter político y van más allá de las lecturas consideradas estrictamente de género. El capítulo sobre el testamento de Felipe IV es sumamente clarificador. Las cláusulas puestas por el marido a favor de la esposa estrechan la garantía y la eficacia del ejercicio del gobierno real, no simbólico. Mariana, "Yo la Reina", tuvo todos los poderes legales reconocidos por una tradición hispano-habsbúrgica que no sólo había concedido a las mujeres un poder tangencial, sino que las había incorporado plenamente a la línea directa de sucesión. Este supuesto está claro para todos, para Mariana in primis, y por reflejo para sus súbditos y cortesanos. El mérito más importante de esta monografía, recorrida por la poderosa voz de cientos de documentos, entre fuentes de archivo (se investigan siete archivos) e impresos, es precisamente éste: devolver la verdad política a la actuación de una soberana, con sus innegables capacidades diplomáticas y humanas, y a un gobierno real en el que ella firmaba cuidadosamente todas las consultas. Supera una determinada idea de género que no necesita masculinizarse porque está universalmente reconocida.

Fundamentales son en la elaboración de este libro las consultas realizadas a las actas del Consejo de Estado. Los escritos de carácter político, nos recuerda de nuevo Silvia Z. Mitchell, no deben leerse de forma autónoma, como fue el caso de la producción de las embajadas, sino como un todo unificado. Es el caso de los libelos irreverentes sobre Nithard o Valenzuela, en los cuales los ataques deben interpretarse en función del clima general y no de la perspectiva parcial de quienes los produjeron. Fundamental, en mi opinión, es la lectura que Mitchell nos hace de la preciosa memoria del jesuita, su confesor: su tarea, que cabe inscribir en un ejercicio literario de escritura, fue despolitizar a la soberana, mirarla con admiración, hacerla casi beata. Mariana está lejos de confinarse en el nicho de una iglesia o en la celda de un convento. No es casualidad que no entrara en el Monasterio de las Descalzas al final de su regencia, segura de que volvería triunfante a su puesto.

La soberana gestionó con visión de futuro, y la autora lo muestra claramente, la cuestión portuguesa y la guerra de Devolución; estableció relaciones decisivas y originales con Inglaterra; actuó en interés de su casa, los Austrias, firme en una educación Hasburgo, en esa *pietas* que no es fanatismo sino expresión de calidad y conciencia religiosa y política. Sus relaciones con su hermano, el futuro emperador Leopoldo I, fueron tejidas por ella especialmente en el delicado asunto del matrimonio, no realizado, con María Antonia y a favor de la unión con María Luisa de Orleans. Su hijo, ya rey, se lo reconocería mostrándole un profundo agradecimiento, permitiéndole regresar a la corte en 1679 y ejercer esa política de la maternidad que es la máxima expresión del equilibrio entre el afecto y la razón de Estado. Hay que reconocer, entre los muchos méritos de esta obra, que el capítulo sexto (pp. 226-259), dedicado al tema de la maternidad política, es fruto de una redacción depurada y de una profundidad historiográfica que debería ser tenida en cuenta en futuros estudios. El cambio de firma de «Yo la Reina» a «Tu madre que más te quiere» surge como punto nodal en términos histórico-políticos que la autora propone con contundencia a lectores y estudiosos no sólo del poder y la soberanía femeninos, sino de la corte y la razón de Estado.

Nada falta en esta monografía. La preciosa edición, las imágenes tan bien escogidas, la cuidada estética tienen en la escritura su correlato.

La gran historia política se explica a través de los hombres y de los acontecimientos. Me parece importante recordar algunos de los acontecimientos que ella protagonizó. En la primera

coalición ofensiva contra Francia, Mariana participó activamente en la Cuádruple Alianza de 1673, negociando con el emperador Leopoldo I, los príncipes alemanes y las potencias escandinavas. Un sistema de lazos antifranceses que superó al construido por el rey cristianísimo Luis XIV contra España. No es sino expresión de gran habilidad política. A pesar de la pérdida de Portugal, la primera Triple Alianza (1668) fue un éxito de la alianza hispano-inglesa. Las decisivas relaciones con Holanda y con Carlos II de Inglaterra, el Tratado de Madrid (1670), la Paz de Westminster (1674), relanzaron también a España en su dimensión imperial y el mérito se debió también a la incansable labor diplomática de Mariana. La atención prestada a Nithard, Valenzuela y Don Juan ha eclipsado el protagonismo de destacados hombres que la reina eligió (mostrando de nuevo sus dotes políticas), como el marqués de Aytona, el conde de Peñaranda, el marqués de la Fuente y el marqués de Castel Rodrigo y otros diplomáticos.

Silvia Z. Mitchell habla de un esfuerzo hercúleo y atribuye a la soberana la reducción de los sueños expansivos de Luis XIV y la renuncia a los derechos de sucesión de María Teresa. La conclusión de la autora no podría resumirse mejor: “La historia de Mariana es relevante hoy en día no como una excepción, sino como parte fundamental de un creciente corpus de investigaciones centradas en las reinas y encaminadas a aportar una nueva visión de la historia política de las monarquías, de la diplomacia y de las guerras europeas. La larga ausencia de estas mujeres en la historia dice más sobre el momento en que se escribió acerca de ellas que sobre su propio tiempo” (p. 299).

Este estudio inestimable de Mitchell adentra al lector en un mundo complejo en el que la reina supo encajar por sus cualidades humanas y políticas. Una corte que supo respetar en su dimensión polisindial, pero que modeló, a través de sus hombres en la Junta de Regencia, para obtener resultados políticos de peso. Lugares que pronto fueron habitados por hombres de letras, artistas y figuras contrarias a una devoción sombría y abiertas incluso al gusto italiano que la joven Mariana había conocido en su juventud. La soberana, como recuerda la autora, fue la opción ideal y puso en práctica un estilo híbrido en el que la austeridad era la imagen de la elegancia y la presencia hierática (pp. 69-71).

En el libro de Francisco Ramos del Manzano, *Reynados de menor edad*, la imagen de Mariana sentada y entregando la corona del reino a su hijo es reflejo de la de Margarita de Austria junto a Carlos V, su tutora y gobernadora. La inscripción bajo el grabado reza: “Videte regem in diadema-te quo coronavit eum mater sua”. Se mira al rey sin olvidar a esa reina, madre, que, a través de la corona que ostentaba, hizo aún más fuerte a su hijo y a la monarquía española.